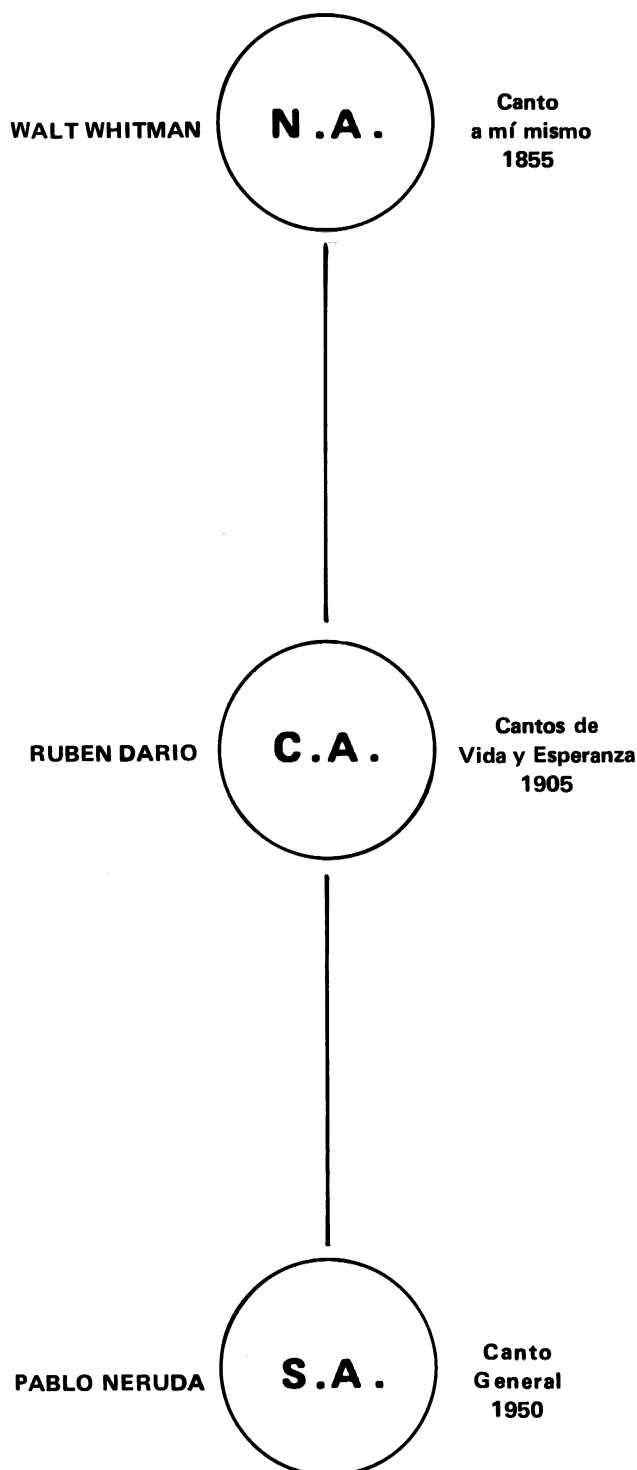


WHITMAN, DARIO Y NERUDA

GUILLERMO ROTHSCUH



Supremo sueño de escritores ha sido —y más desde principios de siglos— ingresar como miembro de número a la Real Academia de la Lengua de Cervantes o Moliere.

Entrar, revestirse de atuendos deslumbrantes como el “*enfant terrible*” de Jean Cocteau, o en renovado jolgorios cervantinos afiliarse como en el caso inolvidable de Camilo José Cela. Pero deleite ha sido más de españoles que de hispanoamericanos este tipo de *persecuciones*. Y por un momento omito decir las competencias desleales, los “*boicoteos*” que ha habido en su seno, porque a decir verdad, en un confrontamiento de valores poéticos no es un José Echegaray quien desplume a un Leopoldo Lugones, para sólo mentar un destacado discípulo del modernismo y no su verdadero creador —don Rubén Darío— que ha tiempo vuela, intercontinental sobre anchos cielos y largas geografías.

Pero la pasión peninsular siempre ha sido desbordante. Todo escribano apunta a una silla, sentarse a la diestra, por ejemplo, de don Ramón Menéndez Pidal y sentir por reflejo u ósmosis los efluvios de una época que, aunque lustrosa, ha tiempo yace fenecida: por aquí pasó su casco áureo que hacía temblar la tierra épica de España y sembramos en su honor un ramo de asfodelos. Rodela del Cid y rodeo cidiano, y va el maestro Menéndez Pidal siguiendo a caballo, el ilustre periplo del ilustrísimo caballero. Y va a sus ancas el nuevo ungido a guisa de cronista oficioso, marcando ahora lo que hemos desandado: Burgos, Cardena, Toledo, Alcalá, Valencia, etc. Y allá saltarán del yermo como por encanto las palabras más preciadas: guadalmequí, laudar, ciclatón, adobar, dexadme llorar; voces que Góngora desempolvará y que, en su vidriería de colores, soplará o pulirá después.

Más, si alguna vez la Real Academia Española, señorial e infranqueable fue herida en su flanco más vulnerable, cúpole esta hazaña al mestizo Rubén Darío (Sarmiento). Flecha en ristre húndese hasta lo más profundo de su seno y vierte llanto, sangre, por la herida abierta. Porque él —último gran caballero andante— desfacer ya debe los mitos fantasmales, desangrarlos, descarnarlos, y descubre digo, a principios de siglos. (“*España contemporánea*”, 1901) a los que a la mesa sentáronse —buenos comensales— a deglutir, con lengua insana, las últimas migas, migajas del idioma castellano.

Y van los venablos de Rubén Darío contra los inmortales académicos: contra el Marqués de Valmar, aristócrata y diplomático, nada más. Contra el conde de Chestes, muy

viejo, antiguo militar, muy querido en la corte. Contra el Duque de Rivas, simple pariente de don Juan Valera. Contra Núñez de Arce, el Sully-Prudhón de los españoles. "Contra don José Echegaray, descoyuntado, enciclopédico y orgulloso, que Castelar le hizo el dudoso favor de compararlo con Wolfgang Goethe". Contra don Eduardo de Saavedra, Catalina y Mir. Contra Pérez Galdós y contra Pereda, este último dice Rubén, es quien escribe los relieves del yantar, por fijar, limpiar y dar esplendor a las sobras de la comida".

Sálvanse, sí, de su santa ira Campoamor, Don Juan Valera y sobre todo don Marcelino Menéndez y Pelayo, que entró muy joven en la Academia, "*vasto es su saber enciclopédico, pero además, agrega Rubén, es muy conocida su filiación conservadora*".

En tal virtud, este antiacademismo de Rubén Darío expuesto ya antes en sus epístolas a Don Enrique Guzmán (1891), el nicaragüense rastacoaére de "*Prosas Profanas*", (1896), y confirmado a plenitud en su frase lapidadora y lapidaria "*de las academias líbranos Señor*", "*Cantos de Vida y Esperanzas*", (1905), explota finalmente en su posición antipedagógica, él —el más pedagógico de todos— proclamando en Dilucidaciones del "*Canto Errante*", (1907): "*me ha declarado además, dice, en otra ocasión y con placer íntimo, el ser menos pedagógico de la tierra*".

Credo iconoclasta y acrático que no declina nunca, aunque el otoño pase peinando "*su cabeza de oscuro minotauro*".

El revolucionario meteco o metiche bajo el cielo peninsular pasa desde largo arriando sus propias banderas y, muy a pesar suyo, conduciendo sus propias legiones —españolas e hispanoamericanas— que a pie juntillas siguen su huella personal. Y si lo revolucionario era en él lo excluyente, el no contaminarse de malos decires, la no dependencia cultural; hereje que se alza contra la Santa Sede Española, donde ofician ¡oh fastidiosasocas que no lo dejan crear! las voces de don José Echegaray y del meloso Balard. A qué entonces senáculos asistir? A qué estipendios o premios dignos acudir?

Cierto es que Santiago de Chile le ha distinguido con el premio Varela, modesta suma como para entre amigos consumirla en una fonda de la deslumbrante subida de Carampangue. Cierto es que la "*mamá Nación*" de Buenos Aires fue fuente nutricia hasta el fin de sus días. Pero cierto es también que sus trabajos, como diplomático, nunca fueron recompensados. "*Crisanto Medina lo jodía mucho*" —dice textualmente Rubén— "*y los sueldos no llegaban nunca*". La Academia de la Lengua ni corta ni perezosa le ha cerrado sus puertas y en su claustro, en el seno de la lengua materna, Emilio Ferrari chilla más que contra los excesos de modernismos, contra los buenos éxitos de su mejor hijo, contra su fundador irreductible, Rubén Darío.

Pero entonces el maestro persiste en sus proclamas.

**"De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
áfanos, receta que firma un doctor,
de las epidemias, de horribles blasfemias,
de las Academias,
¡Líbranos, señor! "**

Del señor Alfredo Nobel y del señor Menéndez Pidal. Del señor Pullitzer y de los señores Goncourt. Del señor Juan Rulfo y del señor Rómulo Gallegos; de la señora Casa de las Américas y su señoría la Seix Barral.

Premios, famas y cronopios donde no entra el Rubén Darío renacentista, barroco, modernista y ultramodernista, pero entra sí, el barroquísimo de don Miguel Angel Asturias. Donde no entra Paul Sartre por asuntos personales ni Boris Pasternak por asuntos sociales, pero, por donde pasan y por la puerta mayor Yasanuri el japonés, Safari el helénico, los norteamericanos T. S. Eliot, Faulkner y Hemingway, Don Jacinto el español y, sobre todo, dos auténticos americanos: los chilenos Gabriela Mistral y Pablo Neruda, discípulos ambos del nicaragüense Rubén Darío.

Y si siguiéramos los originales pasos de la poesía modernista, sus hitos más relevantes, el hilo azul de Rubén, en sus coordinadas más puras; sus radios de acción y zonas tangenciales, ¡qué de sorpresas borrascosas y bellos ardidés nos encontraríamos! Ulises que no acaba de romper meridianos porque la mar es honda y la costa brava. Y va la proa de Nicaragua a Chile y de Chile a Nicaragua y España, en viajes de ida y regreso porque crear nuevos mundos es lo necesario y no pernoctar en el aposento sin luz de la ballena.

Y en el puerto de Corinto como en el puerto de Palos arma sus velas y nutre sus galeras —sus galeones diría Henríquez Ureña—: oro sustancial, sustantivo; blanca plata de Potosí, pluma de oscilante adjetivo; flores de jauja y, en vez de especierías, piedras preciosas, pedrerías. Redescubre y reconquista España. Y sólo él, y no baja ralea como los conquistadores Pizarros y los Contreras, devuélvele a la Madre Patria sus tesoros perdidos. Fernando e Isabel yacientes fuéronse para siempre, en esplendor de incienso e hidalguía; pero no su Garcilaso, su Quevedo, su Cervantes, su Góngora, su Teresa la Santa y su Berceo. Redescubre España y en vez de espada, lengua de relucientes filos, cuatrocientos filos acerados, bien pulimentados; y enseña a escribir —decir de Lorca y Neruda— a españoles e hispanoamericanos.

Allá en España enseña a escribir a Juan Ramón Jiménez, a Valle Inclán, a los Machados, a su generación del 98; padre generacional y genitivo, de gusto compulsivo. Porque, como afirma el españolísimo Federico García Lorca en su DISCURSO AL ALIMON (1933): "*Desde Rodrigo Caro a los Argensolas, a don Juan Arguijo, no había tenido el español fiestas de palabras, choques de consonantes, luces y formas como en Rubén Darío. Desde el paisaje de*

Velázquez y la hoguera de Coya y desde la melancolía de Quevedo al culto color manzana de las payesas mayorquinas, Darío paseó la tierra de España como su propia tierra".

Y aquí en hispanoamérica enseñó a escribir a César Vallejo, el de *"Los Heraldos Negros"* (1918), porque los cisnes blancos, los heraldos blancos, enlutáronse al pasar por el túnel tremendo de los Andes. Aquí enseñó a crear a Vicente Huidobro, dándole como primera cartilla para su audaz aprendizaje, el prólogo de *"Prosas Profanas"* (1896). *"Y la primera ley, creador: crear. Bufo el eunuco. Cuando una musa te dé un hijo, las otras ocho quedan encinta"*. Y Huidobro fue el partero del creacionismo (1917).

Y si Virgilio en su descenso oscuro es guiado por Dante, Rubén Darío conduce a Jorge Borges por laberintos más íntimos. Es maestro de la maestra rural Gabriela Mistral, y del ahora maestro intercontinental Pablo Neruda: Neftalí Ricardo Reyes escondido en la floresta de su poesía, como García Sarmiento tras la empalizada tropical de su poesía sin tropicalismo.

Pablo Neruda es el más americano de todos y por lo tanto el más universal. Cantor de las ansias conflictivas de China, Rusia, Francia y España, en su *"España en el corazón"*. Cantor de las ansias populares de América en su *"Canto General"* (1950); desde Lincoln y Whitman, Hidalgo San Martín y Sandino, hasta hundirse en la greda de sus propios héroes locales: Tomás Lagos, Abraham Brito, Rubén Azocar, Jovencio Valle, Diego Muñoz y Joaquín Murieta. Los dictadores de América, anticivilistas y guerreros, pasan acerados, se han puesto las corazas de los antiguos conquistadores, olorosas a orines de caballo, a orines de perro, a orines de tristes penitentes que en las cárceles se orinan de miedo todavía:

**"Por qué en Nicaragua el Sr. Presidente,
despertado de noche, atormentado, tuvo
que huir para morir en el destierro?
(Hay allí bananas que defender y no libertades,
y para eso basta con Somoza)"**.

Hijo de ferroviario, Neruda viene lento, del sur de Chile, en vagón de tercera clase. Parte de Temuco y pasando despierto sobre mil durmientes recorre Victoria, San Rosendo, Chillán, Talca, Curicó, San Fernando, Rancagua, Santiago, y se estaciona al fin en Valparaíso, cuna de modernismo, raíz del modernismo. Pesebre donde constata Neruda —jineteador de pampas y mares— que no acuden pegajos de alas rotas, ni proas de hondo calado; no tasca *"Trilce"*, ni obsidiana en mano Octavio Paz, baja acuchillado, y lo poco que había, lo fácilmente comestible, hizo reventar la cincha a tantos falsos hartazgos: sopló a Salvador Rueda y reventó a Don Miguel de Unamuno, a Bawra y Cernuda. *"A Darío, —dice Neruda— lo trajo una marea; el mar caliente del Norte y lo dejó ahí el mar, abandonado en costa dura y dentada, y el océano lo golpeaba con espumas y campanas, y el viento negro de Valparaíso, lo llenaba de sal sonora"*.

Esa sal y ese salitre que nutren los músculos de Neruda y tensan su potente lira alternando cantos entre lo épico y lo lírico; entre las *"Ruinas de Machu-Picchu"* y *"Los veinte poemas de amor"*; que Alonso de Ercilla y Gustavo Adolfo Bécquer ya fueron traspasados, raudos, por el rapsoda chileno, por el anacreonte americano.

Neruda, consmopolita como Rubén, su planta peregrina vuelve siempre a su patria como no lo hizo Darío. Es lo doméstico de Vallejo —techo y comida— pero con bordes de manteles más amplios para, comunal y divino, sentarse a cenar y sentir bajo el paladar zumo de frutas ácidas, claros cereales y relucientes cuchillos.

**Yo aquí me despido, —dice Neruda— vuelvo
a mi casa, en mis sueños
vuelvo a la Patagonia en donde
el viento golpea los establos
y salpican hielo el Océano.**

**Soy nada más que un poeta: os amo a todos,
ando errante por el mundo que amo:
en mi patria encarcelan mineros
y los soldados mandan a los jueces.
Pero yo amo hasta las raíces
de mi pequeño país frío.**

**Si tuviera que morir mil veces
allí quiero morir:
Si tuviera que nacer mil veces
allí quiero nacer.**

**Cerca de la araucaria salvaje,
del vendaval del viento sur,
de las campanas recién compradas.**

No hay duda que Valparaíso —dos veces umbilical— dio sangre, vida, a dos privilegiados hijos de América: a Pablo Neruda y a Rubén Darío. Interesantes partidas de nacimiento, pero que más interesante sería trazar, con punta firme, el curso de la poesía en el continente americano. Venir de norte a sur, como quien vadeando ríos de cauces profundos, describe sus hondos remansos, tumbos de caballos fríos. Corriente que baja, que se precipita desde el norte y al hacer su estancia en Centro América, se revuelve hasta el fondo —se arremolina— y busca, con nuevo impulso las nieves altas, los ventisqueros del sur, puntas de la araucanía.

Este es el mapa geográfico, objetivo, de nuestra auténtica poesía americana, claro meridiano que va de polo a polo como ajustado a todo un convulso continente, línea euclidiana, porque sobre este surco otros ecos no caben, no desemboca otro río.

La poesía americana nace en el norte con Walt Withaman, junto al lago Paumanok; renace en el centro con Rubén Darío, próximo al Lago Xolotlán y se exploya en América del Sur, con Pablo Neruda, frente al Lago Ranco. Así, en este orden para que el agua no se desborde. Un orden acuoso y jerárquico para que se saturen todas las tierras, cundan todas las cimas, no haya sujeción ninguna,

no os espanten naufragios y los barcos ebrios arrimen; porque el versolibrismo del norte y sur tienen su centro de gravedad en Nicaragua, sobre el pivote rubeniano —gigantesco muelle— donde oscilan antiquísimos ritmos, donde atracan profundos sonidos, viejos oleajes, olas y velas rotas, remotas modulaciones.

"*Song of my self*", "*Canto a mí mismo*" (1855), es el canto de la Democracia norteamericana, un Himno a los nuevos pioneros. "*Cantos de Vida y Esperanza*" (1905), es el canto al mundo hispánico, obsidiana y cuchillo, una y otra lengua en ansias confundidas. Y "*El Canto General*" (1950), es en donde se juntan todos los rumores dispersos, todas las agonías, los grandes acordes suramericanos, centroamericanos y norteamericanos íntimamente unidos. El extraordinario Neruda recoge, hace suya y aumenta las dos primeras revoluciones literarias: la futurista y la modernista. Poeta totalitario (el totalitarismo del amor) Neruda reúne lo escindido, soñador feudal agrupa todas las parcelas en una zona común —no la zona tórrida de Don Andrés Bello—, y donde nada ni a nadie se excluyen, porque hasta lo soterrado brilla si su pluma atestigua. Y pasan santos y héroes, próceres y tiranos, seres y cereales, pampas y ciudades, villorios y catedrales, cactus y rosales, ríos y lagos, montes y montañas, lo humano y lo divino, al pan candeal y dulce vino.

El "*Canto General*" es el único épico completo escrito en lengua articulada; más grande que la "*Chanson de Roland*", "*geste du Roi*"; más que el "*Mío Cid*", "*buen vasallo, si oviesse buen señore*", y aún sobre la propia "*Araucana*" de Alonso de Ercilla "*viéndolos a miserias sometidos*".

Los mismos cronistas españoles, en una misma época, se repartieron áreas diferentes, zonas de esta vital geografía. Alvar Núñez nos pinta montañas y pantanos; flor y fauna, hambres del Mississippi y la Florida; más abajo Bernal Díaz reconstruye el mundo maya y azteca que deshizo Cortés. Oviedo y Valdez se pasean a paso corto a lo largo del Istmo; infatigable Las Casas, acusa y sigue; el padre Landívar siglos después nos medirá en exámetros latinos; Bello vuelve a lo agrícola y hacia el sur van: Pedro Cieza de León, Fray Gaspar de Carvajal, Concolorcorvo y, el más erudito de todos, Don Alonso de Ercilla y Zúñiga cuya epopeya repiten, en octavas reales, los patriotas de Chile.

Neruda, en cambio, acomete la empresa de todos sin yelmos y sin espadas. El gran narrador en el cautiverio o escondido, (1940–1950), escribe sobre el período precolumbino, ocasos del renacimiento; fulgor colonial, espeso barroco, fatigante romanticismo, tedioso neoclasicismo, esforzado independentista, esplendor modernista, zapadores postmodernistas, guerrilleros vanguardistas, oscuro surrealista, animoso futurista. Cuando huye y cruza los Andes a caballo ¡oh conquistador contemporáneo! el "*Canto General*" es su única arma defensiva —su penacho rojo— su única mochila. Va, corresponsal entre las dos guerras y

una más, a escribir contra el colonialismo en la India, contra el capitalismo en América Latina y contra nazifascismo en España. En "*Canto General*" caben todas las Repúblicas, sus dolores y gestas, todas las épocas y todas las escuelas y ansias y alegrías de hispanoamérica.

Su método de exposición no es el de Hesíodo porque son más sus trabajos y sus días; ni el de Suetonio, que sólo impudicias del tirano escribe. A la luz de Tonybee le sobra filosofía y a la sombra de Pereira le faltaría libertad. Su metodología emana de la tierra y su circunstancia; del hombre y su más entrañable sustancia, trasunto o trascendencia, de su residencia en la tierra, de su residencia en el aire, de su residencia en el agua.

El "*Canto General*", es la única crónica completa; tan completa que traspasa las exigencias de un texto de Historia, Geografía y Antropología juntos; casi una Biblia por sus raíces mesiánicas y proverbiales, mitos como para ser acogidos por todas las lenguas, sectas y razas: cuáqueros del norte, chorotegas del centro o araucanos del sur. El diccionario que no pudo editar la Real Academia Española, en su décimanovena edición, porque esas voces sólo estaban en Neruda y su mente, grabadas y catalogadas. Texto de paz para los pacifistas y de guerrillas para los liberacionistas; guía para los científicos, relucientes vetas para el minero; estrella para el astrónomo; pan para el hambriento; luz para los reclusos; escalera para los perseguidos; poste de linderos fijos y adoquines para todas las vías. Seguirlo al pie de la letra será nuestro único destino, seguir, seguidlo.

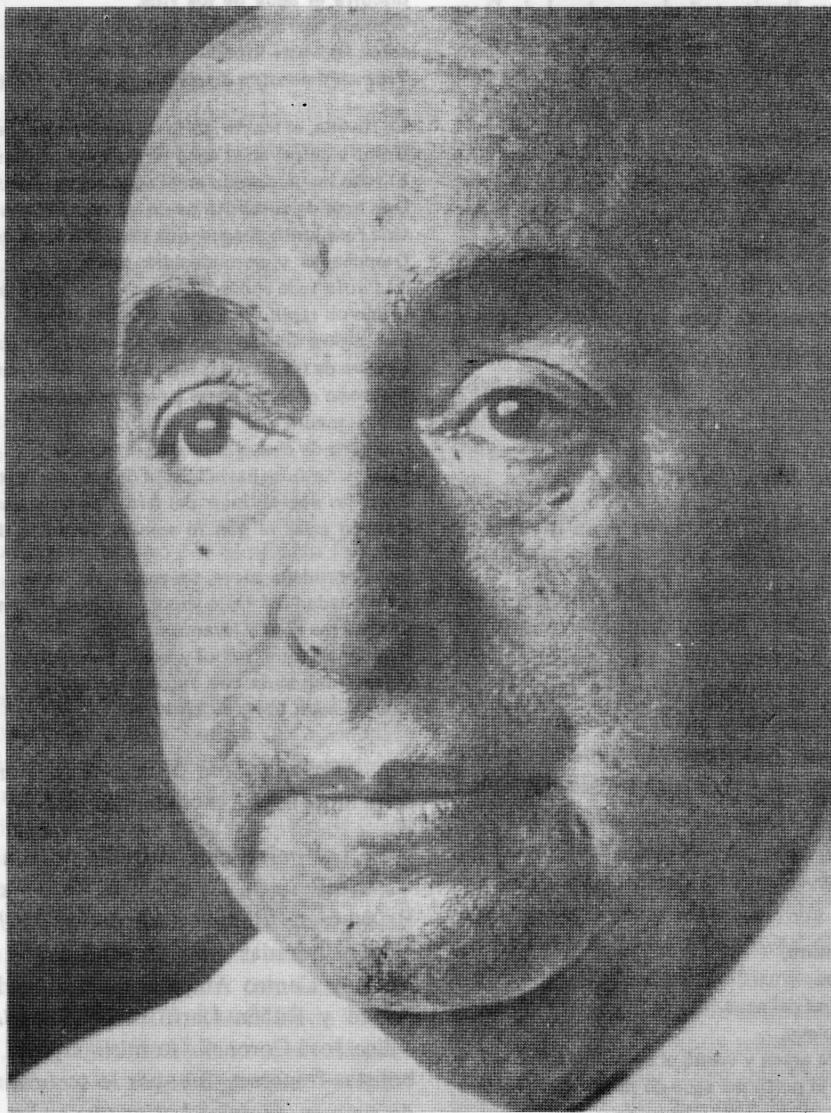
Y entre Darío y Neruda, ¿qué fueron de tantos intentos épicos, de tantas voces epopéyicas anteriores a ellos?

¿No son los versos de "*Aíma América*", (1906), las ampulósidades metafóricas y sociológicas de un poeta que como José Santos Chocano se creía por sobre los demás poetas del continente, y por cuyos excesos y vanidades —"Walt Whitman tiene el norte, pero yo tengo el sur"— su coterráneo, José Carlos Mariátegui lo calificó como el más superficial y el menos americano de todos?

¿Qué son las "*Odas Seculares*" de Leopoldo Lugones (1910), frente a las "*Odas Elementales*" de Pablo Neruda (1958), no más que esbozos estilizados, trozos restringidos, crisálida que no llegó a vuelo de grandes alas, porque traspasar no pudo zonas mayores ni otros mundos siderales. ¿O basta la sola pampa verde extendida llena de mieses y ganados?

¿Qué es lo secular frente a lo elemental, lo vivido frente a lo recién nacido, sino el otro extremo del tiempo, el Neruda en el primer día de la creación?. El Adán elementalísimo, y absorto nombrando las cosas elementales: oda al aire, al cobre, a la flor azul, a las aves, al pájaro sofré, a la castaña, a la cebolla, al caldillo de congrio; y si la olla rebasa, odas a Guatemala, a Leningrado, a Río de Janeiro, a César Vallejo, oda a las Américas?

¿Qué materia prima y qué último vagido no han sido registrados por este incansable traficante de suelos y de cielos? ¿Qué ápice de cobre, qué hilacha de humo no han sido sopesados: aquí en esta mano, el salitrero abatido y en la otra el hondero entusiasta? ¿Qué cauces, qué montañas, qué túneles no han sido calibrados? ¿Qué amores ocultos o besos soterrados?



Pablo Neruda, foto Lüfi Özkök

de Temuco (1920) –Primer premio en la Federación de Estudiantes de Chile (1921) – Primer premio municipal en Santiago de Chile (1944). Premio Stalin de la Paz (1953), y, el Premio más importante, el Premio Nóbel de Literatura, (1971) ese grito general, ese sufragio de universal reconocimiento que millones de bocas le han expresado en América, Europa, Asia, Africa y Oceanía.

Las relaciones y mutaciones lingüísticas de Neruda, su mundo caótico u organizado, su simbología, su hermetismo, su singular criptografía ya fue descifrada con ampli-

A mediados del siglo pasado, Walt Whitman era el poeta de la democracia, el poeta de América, Rubén nos lo decía. A principios de siglo Rubén Darío era el poeta de América, porque Lorca Español y Neruda americano así lo habían establecido y, actualmente, Neruda es el primer poeta de América, porque una serie de triunfos, así ahora, le han reconocido: primer premio en las fiestas primaverales

tud por Amado Alonso: *"Poesía y Estilo de Pablo Neruda"* (1951). Fatigosa tarea —y aun fuera de las abstracciones— es el de compaginar al significado y su signo en la poética nerudiana: ladrido sin perro; boca sin lengua y sin garganta, anillo sin piedra y sin dedo y, porque sólo el agua, como elemento saturador y oscilante; más de doscientas metáforas en su *"Canto General"* tiene colores, sabores, profundidades, y vapores insospechados.

¿Será la corriente de Heráclito, devastadora y cambiante, voz de muchas aguas de la Apocalipsis de San Juan? O

nafragio metafísico que Alonso recabara? O será el agua de Grecia combatiente, empujando hacia oriente las naves de Agamenón? cascada de Píndaro, vertiente de Teócrito, pleamar de Eneas o fuente de Horacio? Agua del diluvio del Popol Vuh, huracán de Colón, chubasco para Juan de Grijalva, en Yucatán, hirvientes aguas que fueron testigos del fuego de las naves de Cortés. Aguas puras y cristalinas de la "*Rusticatio Mexicana*" — "*populus fluviali*" — Corriente de Humbolt; intempestiva lluvia; soñado vendaval de Don Andrés Bello en el Ecuador. Será el movimiento eterno, flujo y reflujo de Walt Whitman, gigante Mississippi o rumoroso Misouri, mundo oceánico, "*de líquidas sílabas que se derraman en la confluencia de todos los ríos americanos*".

Será la fuente viva, agua melódica para las ánforas de Epicuro de Rubén Darío, el azul para los cisnes unánimes; silenciosos, blancos y bellos, tiránicos a las aguas e impasible a las flores; serán los centauros, "*con largas barbas como los padres ríos*". Río hidrópico de Tutecotzimí, en cuyas aguas glaucas las hojas secas van, o más nicaragüense, será nuestra agua cálida lamiendo los pies al Momotombo con "*agua de un vario verde y de un gris tan cambiante que discernir no deja su ópalo y su diamante*".

¿Serán todas estas aguas? No. Es el agua nerudiana como un nuevo elemento químico puro en su poesía pura, épica y lírica — cansada baba, saliva de mi amor — calor, vapor que sube hasta el cielo e inaugura un nuevo sistema planetario con "*estrellas húmedas*" y "*astros mojados*". Y ella no sólo entristece y transforma, como en la clave de Alonso, "*como un naufragio hacia dentro nos morimos*", sino que punto de radiación, iceberg de relación se desplaza sobre otras aguas, mostrando a veces parte de su signo; penacho de nieve mientras abajo ancho en su ámbito; descomunal su imagen, profundo su sentido. Y es la lluvia, mar de arriba que cae, "*agua sideral, agua sexual*".

Te prepidaba el agua en la cintura,
el agua como lágrimas vitales.
Amazonas, capital de las sílabas del agua.
Oh agua salvaje, bajas de la nieve,
por su agua y su barro, trajo la greda y vertió el agua andina.
Hombre, Ercilla sonoro, oigo el pulso del agua de tu primer amanecer,
el agua lenta, el agua, agua, agua.
Recuerda el agua cuando le sucedió al navío
destituido por el agua rabiosa.
Páginas de agua, claro poderío de idiomas rumorosos,
un rumbo de agua, un viento de primavera destrozada?
Glacial unidad del agua.
Como agua eterna, los terrones del rencor.
Llegaste como un hilo de agua dura,
agua torrencial de las montañas.
En México ataron el agua de las vertientes españolas.
Nieve nutrida en las aguas inmensas y oscuras de Chile.
Vuele hacia el húsar herido la voz del queltechue en el agua,
el agua y el viento dicen que vieron al guerrillero.

Dividen al cielo, el agua y el aire.
Reluces como una gota de agua.
El agua quieta en su escondido manto

en un ataque de agua y fronteras.
Para llenarnos el corazón con agua salada.
Aguas procesionales.
Germinales de tus aguas.
El estudiante, apenas herido, era tirado al agua,
El agua pescando sus peces,
se hicieron estratos del agua.
Royendo las orillas del agua impenetrable.
En la red de agua salvaje de la Tierra del Fuego
discurre el agua de los ríos.
Sobre la tierra, o agua sobre el agua,
sobre las aguas litorales.
Truman a nuestras aguas llega a lavarse las manos rojas.

La Antilla, el mayor golfo de luciérnagas y aguas,
Golpe a golpe, en el agua terrible del pantano.
El paso de un caballo en el agua negra, donde ha caído.
Una hoja de eucalipto como un cuchillo muerto.
Una rosa junto al agua, una pequeña copa de párpados bermeja.
Despeñadas y enmudecidas aguas.
Mi Patria toda rodeada de agua combatiente.
Como un rápido pez en el agua del cielo.
Como otra nieve o agua del deshecho archipiélago.
El agua de las glaciales lágrimas que conocen mi pelo.
Tu ronco grito de aguas y seres me sacude.
Curva madre del agua.
Diadema de agua y luna que estableces.
El agua no sube hasta la casa de los caballeros.
Entre las dobles líneas del frío y de las aguas.
Cuando agua ni pan ni sombra tocan la dura etapa.

En la horadada cueva, sin agua y sin laurel.
La humedad del vasto vapor, del agua inmensa.
El agua me regó y levantó un deseo.
Páredes de agua, trébol y avena combatida.
Agua endurecida con fugaces palomas.
Con el agua hasta la cintura

Aguas y más aguas — Variaciones y metáforas que sería largo seguir enumerando.

Las relaciones entre la poesía inglesa y castellana — Darío Pound — las establece de manera clara José Coronel Urtecho en "*Rápido Tránsito*" (1959), y refiere las revoluciones literarias más profundas que se han realizado en Norte y Centro América, invocando los nombres de Ezra Pound y Rubén Darío. "*La revolución poética moderna*, — dice José Coronel — lo mismo que la influencia de los simbolistas franceses, fue, por lo menos, anterior en su cuarto de siglo en América Latina que en los Estados Unidos, pero lo que Rubén Darío ha sido para la poesía de la lengua española de su tiempo, lo fue Ezra Pound en nuestro tiempo para la poesía de la lengua Inglesa. Los dos son los iniciadores de la renovación poética de sus lengua los que le devolvieron la música y la vida a la lengua de la poesía, dieron vitalidad y sutileza al verso, lo hicieron más flexible y capaz de mayor contenido, de significaciones ambiguas, múltiple, más sugerente, de más finas repercusiones emocionales, más rico de sensaciones, más dócil y más claro, más libre y más ligero; sin embargo, afirma en otra parte Coronel: Rubén Darío y Ezra Pound no eran innovadores espontáneos, como lo fue Walt Whitman . . . sino renovadores en el sentido propio de la palabra. Y finalmente agrega, "*casi puedo decir*

que aprendí a leer inglés leyendo a Poe y Whitman". "Aunque dudaba a ratos y aunque secretamente a veces prefería a Poe, mis preferencias declaradas eran por Whitman, poeta que afirma la vida, la juventud, un mundo nuevo. Su poesía era de la tierra y del pueblo de América. Cantando al pueblo americano; a los mecánicos, al carpintero, al albañil, al botero, al marinero, al zapatero, al hormador de pie, cantando al leñador".

Y si Whitman cantaba a las praderas llenas de búfalos, Neruda canta a los caballos de las Pampas Argentinas, a los granaderos de San Martín, a las salitreras de Chile, a las punas de Bolivia, mitayas del Perú, alturas de Machu-Picchu, sirgueros de Colombia y Brasil, a las Segovias de Nicaragua; al indio maicero del Usumacinta, a Uxmel y Tikal; lo que transparentemente, surge del aire del valle de Anahuac, héroes, alfareros, poetas y pintores de México, al pelado mexicano; al mismo pueblo norteamericano a través de Whitman y Lincoln, el prodigioso leñador de Kentucky; a los banqueros de Nueva York al negro de Harlem, al farmer de Arizona.

Si las relaciones Darío-Whitman difieren en cuanto a que Darío provenía, descendía de las fuentes grecolatinas, y en cambio Whitman ascendía, insurgía de las fuentes populares: del habla de mercados y puertos, del slang que los yanquis hablan todos los días, no por eso Darío fue más conservador, Whitman más revolucionario, ni Neruda más conservador ni más revolucionario que ambos panidas.

Porque en esta lucha continental, en esta batalla sin relevo, cada quien comprometido a su manera, a su expresión personal, ha dado su canto, largo o breve. Sólo son ellos y sus armas los más potentes emblemas que poseemos. Sólo estos tres ilustres guerreros sumidos en un "engagement", como Aquiles con sus huestes, sus escudos y sus lides: Whitman, Darío y Neruda. Los tres en tiempos distintos —a medio siglo de distancia— de tambor a pífano y de pífano a martillo —los tres en zonas distintas: Norte blondo, centro bruno y sur cetrino, pero una sola voz sobre mismo el espacio libre de América. Los tres tañendo la misma cuerda épica, epitelial y los tres escribiendo contra los mismos designios, contra el imperialismo que está martirizando a hispanoamérica: a su pródiga tierra y a sus innumerables hijos.

"Los Estados Unidos —decía Whitman— en su libro *"DEMOCRATIC VISTAS"* (1871) hace un siglo es decir, —en vano caminan con pasos gigantesco y sin precedentes hacia un imperio tan colosal que deja muy atrás a los antiguos; al de Alejandro, al mismo cetro soberbio de Roma. En vano nos hemos anexionado Tejas, California, Alaska, y la alargamos ya las manos hacia el norte en busca de Canadá y hacia el sur en busca de Cuba. Somos por así decirlo un ser dotado de un cuerpo cada vez más titánico y más perfecto, pero sin alma o sin nada de alma".

Rubén Darío angustiado porque al fin intuía la tormenta, la política del mal vecino, pronosticaba en 1905:

"Mañana podremos ser yanquis —y es lo más probable— de todas maneras mi protesta queda escrita sobre las alas immaculadas de los cisnes tan ilustres Júpiter", y luego a los mismos cisnes Darío interroga:

"Seremos entregados a los bárbaros fieros?
Tantos millones de nombres hablaremos inglés?
ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
Callaremos ahora para llorar después?

Pablo Neruda fiel al remoto linaje —pues los pioneros no duermen— sobre el mismo surco sigue volando las mismas semillas explosivas que extrae de estos viejos graneros, y así, en su epístola a Gabriela Mistral, 12 de septiembre de 1954, su voz advierte a todos los pueblos hispanoamericanos: "*En la hermosa tierra de nuestro hermano Walt Whitman*", un puñado de aventureros brutales preparaba el desangramiento de la humanidad. Los piratas del cobre, ahitos de oro, niegan el pan a los que extraen el mineral de la cruel cordillera".

Y ahora yo agregó: ¿Qué es el poema de Neruda?, "¿Que despierte al leñador!", sino advertencia clara a un país repleto de armas y un poema de amor intenso para sus hermanos Abraham Lincoln y Walt Whitman, el Lincoln asesinado y al Whitman despreciado? Funesto pronóstico pero que pide al fin por amor a su pueblo, que esto nunca se cumpla para que vivamos en paz y en completa libertad?

Dejemos, pues, para la poesía épica de América esta sola lira de sólo tres cuerdas y que secular resuena para los que no estando sordos ni ciegos se reúnen, planean y luchan por la libertad plena de América Latina.

Que las generaciones venideras no pierdan estas palpitantes estrellas, estos luminosos ecos. Porque en el siglo 20 —donde imposible es separar al poeta del narrador, narrativa de poesía— a Octavio Paz de Carlos Fuentes— como en "*Rayuela*" de Cortázar, a la Maga de la Talita, difícil sería encontrar un solo escritor de valía que no soporte influencias de Neruda, Whitman o Darío. Quién que es en el mundo literario no es Darío, Whitmaniano o Nerudiano? Hasta donde el inventariante Whitman enroló objetos que no haya fichado Darío, ni Neruda guardado en sus grandes estanterías? Dónde el hilo tenso que va de norte a sur, sufre otras interpolaciones que no sean la de estos tres grandes maestros de maestros? Qué acordes, qué ecos, qué signos no vienen desde estas altas torres, desde estos pararrayos celestes; rompeolas de la eternidad?

Desde la "*Región más transparente*" —reconocimiento hecho por Severo Sarduy— hasta "*Cien Años de Soledad*", que tanto incomodara a Miguel Angel Asturias, hay estrechas relaciones, entre estos escritores nuestros y otros extranjeros. Y no es que Carlos Fuentes plagie a Darío, ni Carl Sandburg a Walt Whitman, ni Vallejo a Mallarmé, ni Pablo Antonio Cuadra a Neruda, ni Ernesto Cardenal a Archibald Mac Leish, ni García Márquez, a Darío, Balzac, Proust, Joyce, Flaubert, Cervantes, Virginia Woolf, Góngora, Berceo, el habla del roto, timbre del costeño o deje del

pelado; no, es que cuando hay autenticidad, entre el obrero y su obra, oro de pura ley, sobre la misma veta caban los mismos mineros. No en vano se oye la piqueta de Bernal Díaz del Castillo —primer novelista americano— bordeando, descuajando a recientes cerros y taludes. Infinitos vagones transportando la profunda broza, pura e imperecedera; y larga es la trayectoria para que siga la poesía sobre rumbos más largos y nuestro sueño como el amor nunca se derrumben: El Dorado de Benalcázar, infiernos y paraísos de Lautreamont, “*Paradiso*” de José Lezama Lima.

Y ahora que se sienten en el aire, aromas de laurel reverdecido en la frente de Pablo Neruda, —espesa copa de su araucaria gigante— se siente además el tintineo de acuñados oros en monedas finas; se oye, para decirlo en términos del Darío millonario y hambriento de Valparaíso— de “*una muchedumbre de libras esterlinas*”. En tal virtud, con tan magno acontecimiento cultural, las importaciones han subido en la República libre de Chile de Allende, porque ya no sólo el cobre ha sido liberado, sino este precioso metal, que con su peso mutiló a indios, criollos y ladinos. No hay duda que Chile produce hoy más que nunca y en sus calidades más finas: poetas, salitres y vinos.

Y si hemos de creer en una justicia social distributiva, oigamos como este tintineo, se reparte entre millones de manos extendidas a lo largo de la América indígena al fin manumitida. El indio ha vuelto a sentarse en su silla de oro como Montezuma, y si ayer aprendimos a cantar como Netzahualcoyolt, con los amautas peruanos, o yaravíes de Bolivia, ahora estamos principiando a ahorrar nuestras múltiples energías que nos devuelven el squaw, el piel roja de Whitman, el chorotega de Darío, el araucano de Neruda.

Porque si hay poesía en América ella está en las cosas viejas, en Palenque, Utatlán, en el indio legendario y fino: lo demás es vuestro: del demócrata Whitman; del hispanista Darío, del Neruda marxista. Admitamos, empero, que este galardón, este premio Nóbel, no es un premio individual, sino recompensa multitudinaria y social, es un tributo general para los desposeídos que gimen en su “Canto General”.

Para los seres que el ambicioso cronista español no empadronó en sus grandes infolios pero que Neruda, 450 años más tarde, los recogió, los inscribió —fierro no, ni tatuaje— tinta aromática, tal vez; tal vez múrce de cochinilla, y que echando a su crisol nombres, amuletos, sueños y posesiones, cucharas, espuelas y espadas, vertió enseguida preciosos poemas, versos largos que relucen y pesan más que lingotes de encendidos oros.

**Sube a nacer conmigo, hermano.
Dame la mano desde la profunda
zona de tu dolor diseminado.
No volverás al fondo de las rosas.
No volverás al tiempo subterráneo.
No volverá tu voz endurecida.
No volverán tus ojos taladrados.**

Mírame desde el fondo de la tierra,

**labrador, tejedor, pastor callado:
donador de guanacos tutelares:
Albañil de andamio desafiado:
aguador de las lágrimas andinas:
joyero de los dedos machacados,
agricultor temblando en la semilla
alfarero en tu greda derramado.**

En una entrevista hecha recientemente en París, Neruda se lamenta que no hayan sido premiados sus hermanos Louis Aragón, Federico García Lorca, ni Gabriel García Márquez. Dolor que todos los hispanoamericanos compartimos, pero sí el tiempo y Sartre interfirieron esta distinción al autor de “*La Paysan de París*”; si García Lorca yace en Fuente Vaqueros bajo una plancha de plomo, a Gabriel García Márquez nada lo aparta ni ensombrece, porque este escudero del idioma está en pie de lucha, en lance a otros trabajos heroicos; tal que es seguro, segurísimo que sea galardonado también como lo anhela Neruda. Porque siendo García Márquez el mejor alquimista de la lengua Castellana, el que en un alambique mezcló las mejores esencias del habla americana, no se cansa ni turba de hacer maravillosas ligaduras y estupendas mixturas que bien lucen y mejor saboreamos.

Melquíades no se cansa de navegar sobre un mapa de prodigiosas fórmulas y misteriosos signos; “*un siglo de episodios cotidianos*” y Aureliano, más diligente tal vez, no se cansa de fabricar pescaditos de oro, reliquias de oro, bacinillas de oro, aunque al fin de la jornada abatido y fatigado exclame mirando hacia el fondo: esto, señores, es una auténtica mierda. Expresión que ya antes Verlaine, padre del simbolismo se la había dicho a Rubén Darío, padre del Modernismo: “*La gloire, merde*”.

Hasta aquí el ensayo primitivo dicho en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, cuando el Rey de Suecia galardonaba al hijo del obrero, al hijo de un humilde ferroviario chileno, americano. Cuando Pablo Neruda en pie de guerra —y su planta jamás tuvo sosiego— tensaba arcos como arpas y cerbatanas soplaba como globos que sorprendían hasta los mismos astronautas.

Era nuestro poeta mayor y su voz, su pulmón, su fuelle, su canto, habían trascendido de lo simplemente nacional a lo esencialmente universal.

Técnicamente había alcanzado órbitas insospechadas, donde sólo los astros giran alrededor de un eje, que de puro real, ya se ha vuelto imaginario. Donde ciego Homero, Cópernico ciego y más ciega Ursula no cesan de imaginar honrosas batallas, mundos siderales, begonias de hojas áureas.

Sólo la imaginación no muere, y en Hispanoamérica, los dictadores —que no sienten ni piensan—, usan contra el pueblo máquinas diabólicas que importan de otras potencias extranjeras.

Ahora Neruda reposa en su isla Negra —y Whitman tuvo su isla de Manhathan y Rubén Darío su Mallorca tu-



El último viaje del poeta

vo—. Ahora, entre la ventisca andina y el rumor marino su cuerpo yace horizontal, en la posición que soñar y amar solía, mientras una a una contaba las innumerables estrellas de su largo país austral.

Bajará a los infiernos? Tal vez Dante lo espera. Ascenderá, recobrará su paraíso perdido? , posiblemente, si John Milton lo lleva. Viajará por cielos y mares ignotos? Seguramente, por que aquí el maestro universitario, asesinado el 11 de Septiembre, día del maestro hispanoamericano, el Dr. Salvador Allende, hace tiempo lo espera con su último traje obscuro, *"vestido de almirante"*.

El gran político y el gran poeta —su secretario perpetuo— más comprometidos que nunca, por aire, mar y cielos de Chile van escribiendo el diario que quedó inconcluso en los montes de Camiri, haciendo acotaciones, pintando nuevos mapas, transmitiendo un nuevo lenguaje y que sólo por los héroes y los justos podrá ser descifrados.

Unidos van de abrazo a abrazo, de Norte a Sur, de morrión a laurel, de carabina a lira, de muerte a muerte, de vida a vida.

De seguro los pájaros no reposarán más sobre la casa de *"La Moneda"* encendida, ni sobre la casa de la Isla Negra todavía en pabilos. No importa, cuando los perjuros queman las bibliotecas públicas arden más los faros de Alejandría. La inteligencia ni el pudor morirán aunque una literatura de ciencia-ficción, con sus hombres-robot nos diga lo contrario y en anaqueles repletos expongan sus mentiras. No

importa que haya mancha de sangre en los tapices ni que el riñón deje de verter mieles de Himeto. No importa. La lección es clara, y a sus páginas, jóvenes universitarios de la UCA, acerquémonos con un silencio más que discreto, porque al menor rumor de vuestras alas se despertaría el águila del Norte y entonces morir podrían los cóndores del Sur.

Junto a la corriente literaria de Whitman y Darío inauguraremos ahora esta nueva corriente sin fin de Neruda. Atropellando árboles de cansadas ramas y podridos racimos. Y junto a la corriente de Humbolt, desatemos esta profunda, infatigable corriente, para que fondee mares y a nuestros muelles vigile: para que los piratas de Viet Nan no desembarquen nunca en la América Latina.

Si abrimos el texto *"Cien Años de Soledad"*, de Gabriel García Marquez, hurgando el contexto, veríamos que Melquíades tenía razón, porque se ha cumplido en Pablo Neruda —Trashumante y Mago como Melquíades— la profecía secular de un pueblo, que si el viento no cambia morirá de soledad, de indescriptible dolor, y no habrá narrador que relate su agonía.

"En mi patria —dice Neruda— encarcelan mineros y los soldados mandan a los jueces".

Y en verdad, rota la ley cruje la mina, ya no es oro la Veta, sangre destila y la toga sobre las avenidas rueda raída.

Y luego Neruda agrega :

"Si tuviera que morir mil veces, allí quiero morir, junto a los obreros de Chile". Y el pronóstico se cumplió a cabalidad porque contra el opresor más grande del mundo, contra Nixon el poeta contó para morir.

Y ahora Rubén, por tu culpa, por tu grandísima culpa, están asesinando cisnes en las calles de Chile. Y en tu Valparaíso revolucionario ya no es azul el agua que se agita en los muelles, sino sangre roja que del Mapocho baja y se escurre hasta los últimos confines. ¡No la toquéis que morirías de frío!

Jóvenes estudiantes de la Universidad Centroamericana, Queridos compañeros: el poeta español, León, Felipe, refiriéndose a los grandes escritores decía: *"El poeta no tiene biografía, tiene destino, y el destino no se canta, se cumple"*.

Por lo tanto el estudio de la liberación y la liberación del estudio serán por hoy vuestra única e impostergable tarea. Vuestro único y grande compromiso.

GUILLERMO ROTHSCUH TABLADA

Juigalpa, Chontales
Septiembre, 1973.—